

El Décimo Círculo



José Antonio
Domínguez Garrido

EL DÉCIMO CÍRCULO

VERSION MICRO SMARTPHONE

Si tienes una tableta, un lector, o un Smartphone de 5 pulgadas o más, te recomendaría la opción de descargarte la versión normal.

Autor: José Antonio Domínguez garrido

Registro: 201499901955756

Expediente: Se-1218-14

A mitad del viaje de nuestra vida
me encontré en una selva oscura
por haberme apartado del camino recto
(La Divina Comedia)

NOTA PRELIMINAR DEL AUTOR

Ante todo, amable lector, gracias por comenzar a leer estas palabras. Me gustaría que tratara de manera indulgente esta novela y, sobre todo, encontrara algo de distracción en ella.

Si me lo permite, quisiera hacer tres advertencias sobre este escrito.

La primera es que no he pretendido escribir la obra maestra de la literatura castellana; mi única ambición ha sido entretener y lograr causar alguna impresión positiva en usted o, al menos, un sentimiento de agitación y desasosiego, si es amante del género fantástico.

Tampoco finjo ser un doctor en teología. A lo largo de las páginas se trataran temas que pueden ser dogma de fe y, evidentemente, los he cambiado a mi albedrío. Hechos como la reciente desaparición del Limbo, lugar que durante siglos ha estado presente en la doctrina de la Iglesia Católica, o la permuta de actividad del Infierno, de lugar de tortura eterna a mera angustia por la ausencia de Dios, no van a hacerme cambiar el argumento de la

aventura que tiene entre sus manos. Después de todo, quién sabe si dentro de un par de siglos no vuelven a cambiar la doctrina, esta vez a mi favor.

Y por último, no es una lectura aconsejada para personas sensibles. Si pertenece usted a dicho sector de la población, le rogaría que trasladara este ebook a la papelera de su escritorio y lo hiciera desaparecer. El contexto de la acción se haya imbuido por el mal absoluto, y éste no es compatible con una lectura ausente de la oscuridad del pecado.

Dichas quedan las advertencias; la responsabilidad de seguir adelante es suya.

Prólogo

Larry se recostó sobre la cerca y gruñó sordamente. Las risas que salían del interior de la casa herían sus oídos y su rostro se fue tornando lívido, a la par que adoptaba un gesto contrariado. En el silencio de la noche, las carcajadas retumbaban en el aire. Sólo suspiró aliviado cuando vio a aquel hombre, alto y enjuto, acercándose a él a través del camino que cruzaba el pueblo.

-Se están riendo de ti, Larry –le dijo el extraño, cuando se situó a su lado. Se había presentado la tarde anterior, mientras daba distraídos brochazos de pintura a la carcomida madera que rodeaba el jardín. Habían entablado una charla banal, que pronto había derivado hacia sus problemas familiares-. Tu mujer y tus cuñados se burlan de tu trabajo, de tus esfuerzos. ¡Y pensar que estuviste todo el domingo pintando la cerca! Todo por darle el gusto a tu mujer, que pensaba que otro color le iría mejor. ¡Y mira! Ahora te dicen que el sábado

vendrán tus sobrinos a ayudarte a darle otra capa, porque no les gusta el acabado.

-¿Y qué puedo hacer? –adujo resignado-. Siempre es así, ella es la que tiene un buen trabajo en la biblioteca, yo sólo hago alguna chapuza de vez en cuando.

-Admítelo; te tiene jodido, acobardado. No posees iniciativa porque te la han quitado, como se le roba a un niño un caramelo. ¿Eso eres, un puto bebé?

-¡No, claro que no! –Había subido el tono de su voz-. Ya hablamos de esto ayer. Es cierto que no me apoya lo suficiente pero...

-Pero ahí está tu mujer, riéndose de ti con su hermana. Y tu cuñado mueve la cabeza y se retuerce histérico en su silla. Estoy seguro que se tira a tu mujer, Larry

-¡No! Ya te lo he dicho muchas veces. Aquella vez que llegué a casa sin avisar él estaba sin camiseta porque estaba arreglando el triturador de basuras.

-¡Y una mierda! ¿Crees que no oyeron tu coche? ¿Crees que no saltaron del sofá donde estaban jodiendo y corrieron hacia la cocina, disimulando?

¿No recuerdas lo arrugado que tenía el vestido? Y la zorra de su hermana hace como que no sabe nada, pero seguro que está enterada.

-¡Joder, joder! –era lo único capaz de farfullar.

-¿Sabes lo que yo haría? Porque de mí no se ríe nadie...tomaría la escopeta de caza y le pegaría un tiro a los dos, a tu cuñado y a tu mujer. Y después me follaría a esa zorrita. Seguro que lo estás deseando, ¿Eh, Larry? Y tras correrme dentro de ese chochito depilado que tiene –porque presume de ello, ¿Nunca la has oído?-, le reventaría los sesos.

-No, no, no –se negaba, mientras mesaba sus cabellos.

-¡Maricón, mírame! –El extraño lo tomó con ambas manos del cuello de la camisa. Sus pupilas negras eran enormes y se dilataron aún más, hasta cubrir casi todo el globo ocular-. Entra ahí y hazte respetar, gilipollas. Mierda, llevamos días hablando de esto. Da un puto golpe de autoridad por una vez en tu vida.

Los ojos de Larry se tornaron vidriosos. De alguna manera habían perdido toda voluntad.

-Sí –murmuró-, por una vez se van a enterar de quién soy –y se dirigió hacia la casa con andar cansino, automático.

El extraño encendió un cigarrillo y la cerilla iluminó un rostro enfático, atemporal. A pesar del medio siglo que aparentaba, ni una sola arruga marcaba su piel.

Cuando retumbó el primer disparo, se alejó de allí con paso animado. Incluso, al doblar la esquina, ensayó un paso de claqué.

I

Había anochecido cuando el autobús le dejó a una manzana de su casa. Malhumorado, con los ojos cansados, anduvo los doscientos metros que le separaban de ésta maldiciendo sus pies doloridos. Llevaba así varios meses, tardando casi tres horas de su hogar al trabajo y viceversa, desde que su auto quedó inservible. Y lo peor es que éste se encontraba arrumbado en un rincón del garaje del concesionario, ya que no disponía del dinero para arreglarlo.

Entró en su hogar, una destartalada casa de madera a la que le hacía falta una buena reforma (pero no había dinero, ¿ya lo hemos dicho, verdad?) y arrojó el maletín sobre el sofá. Abrió el gas y se fue quitando la ropa hasta llegar a la ducha. El agua caliente pareció reconfortarlo un tanto, y estaba disfrutando aquél momento (el único bueno del día) cuando sonó el timbre de la puerta.

Lo ignoró y siguió enjabonándose, pensando que sería alguno de sus vecinos pidiendo dinero para metadona (nunca se los daba, pero ellos volvían una y otra vez, como un ritual), pero el “ding dong”

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

